

Paradojas de la abundancia

Araceli Damián*

La teoría económica convencional supone que mediante los mecanismos de mercado, una vez alcanzado cierto nivel de desarrollo económico, los individuos pueden obtener un nivel de bienestar (medido en términos de utilidad) que les permita optar por dedicar un mayor tiempo al ocio (en el sentido clásico griego: es decir, al cultivo de la mente, del espíritu, la música y el filosofar, base del desarrollo de la cultura). Sin embargo, lo opuesto ha sucedido.

Esta teoría supone que, en la medida en que el desarrollo económico eleve el bienestar, los individuos estarán menos interesados por obtener mayores niveles de ingresos. Sin embargo, desde los años sesenta diversos sociólogos y economistas empezaron a señalar que, a pesar de que el bienestar de la mayoría de la población de los países ricos había alcanzado un nivel satisfactorio, tanto individuos como gobiernos seguían teniendo como objetivo fundamental elevar cada día más el nivel de ingreso.

Entre la posguerra y hasta los años setenta (lo que se conoce como los años dorados del Siglo XX), los grandes capitales y las empresas publicitarias se unieron para imponer un ritmo de consumo muy por arriba de lo que un individuo promedio requiere para vivir modesta y dignamente. Los consumidores “racionales” continuaron la incesante búsqueda de un ingreso más y más alto para poder adquirir más y más bienes.

Por otra parte, a pesar del desarrollo económico, los tiempos destinados al trabajo no se han reducido sustancialmente (desde inicios del siglo pasado). En cambio, se ha incrementado la sensación de que el tiempo no alcanza. De acuerdo con Staffan B. Linder (*The Harried Leisure Class*, Columbia University Press, 1970) esta situación no fue prevista por los economistas tradicionales, quienes siempre supusieron que la utilidad se obtiene al momento mismo en que la oferta se cruza con la demanda de bienes, es decir, al momento de la compra y que el consumo es instantáneo, no requiere tiempo.

Sin embargo, para que la utilidad (definida como el bienestar material y espiritual) se pueda alcanzar se requiere de un tiempo para consumir el bien adquirido. Al

incrementarse el número de bienes comprados, se incrementa también el tiempo requerido para consumirlos, pero la limitada disponibilidad de tiempo significa que la opulencia resultante es parcial y no total y toma la forma sólo de acceso a bienes. La opulencia total, para Linder, es una falacia lógica.

Las reflexiones de Linder llaman la atención ya que es uno de los pocos economistas tradicionales que tiene interés en cuestionar la idea de que progreso significa abundancia. Por otra parte, a pesar de que acepta el concepto de utilidad, trata de poner en perspectiva las consecuencias humanas de tratar de incrementarla al infinitum (a pesar de los rendimientos marginales decrecientes del ingreso).

El autor se lamenta de que a pesar de haberse supuesto que la eliminación de las preocupaciones materiales permitiría el desarrollo cultural, en la práctica ni siquiera los de mayor opulencia económica han mostrado una propensión a dedicarse al ocio propiamente dicho. Reconoce que en las sociedades desarrolladas “hay algunos individuos talentosos y brillantes que han sido empujados a preferir una vida de pobreza a someterse a la desolación de la abundancia vacía” (p.145).

Como todo economista, el autor presenta diversos modelos, pero a diferencia de los que elaboran la mayoría de sus colegas, los de él están restringidos por el número de horas que en un día los individuos pueden dedicar al trabajo, al cuidado personal (donde incluye el comer, dormir, asearse, etc.) y al consumo. Tiene varios ejemplos de lo que podría suceder a los tiempos destinados a estas actividades cuando la productividad (en el trabajo o en la forma de consumo) aumenta. Desde mi punto de vista, más que los modelos, lo interesante del trabajo puede encontrarse en las conclusiones a las que llega.

Sus modelos le sirven para criticar las herramientas utilizadas por los economistas tradicionales en sus análisis sobre el aumento en los niveles de utilidad-bienestar, que no consideran las tensiones internas que se generan a raíz del aumento indiscriminado de bienes y la escasez de tiempo para consumirlos. Esta situación provoca en los hechos una reducción del tiempo dedicado al ocio propiamente dicho.

Los economistas a los que se refiere Linder suponen que un aumento en el ingreso nacional provoca (en automático) un incremento en el bienestar general, y por tanto, recomiendan que para alcanzar un mayor nivel de bienestar se tiene que forzar por todos los medios el crecimiento económico (medido en término de ingreso o número de bienes, lo cual Linder critica también, ya que en las cuentas nacionales no se contabiliza el costo del daño ecológico que genera la producción).

El autor plantea que cuando el tiempo se incluye en los modelos económicos se llega a la conclusión de que los aumentos en el ingreso tienen una utilidad marginal decreciente, no porque se agote el deseo de consumir (o de obtener mayor utilidad, como suponen los economistas tradicionales), sino porque se incrementa la escasez de tiempo para poder efectuar el consumo. Este supuesto llevaría a la conclusión de que existe un nivel máximo de consumo (lo que rechazan los economistas tradicionales) y que, por tanto, la idea de continuar con un crecimiento material constante a cualquier costo podría ser replanteada, lo que el *establishment* se niega a hacer.

*El Colegio de México, adamian@colmex.mx